

# La conciencia del mestizaje: el inca Garcilaso y sor Juana Inés de la Cruz<sup>1</sup>

La falta de tierra natal viene a ser un destino mundial. Por eso es necesario pensar este sino en conformidad con la historia acontecida del ser.

**Martin Heidegger:** *Carta sobre el humanismo*

## I. América como mezcla

**E**xtraño resulta el acercamiento a la conciencia del mestizo, dentro de una cultura que, como la española, y sobre todo en los siglos XV y XVI, ha cifrado todo su empeño en la pureza de sangre, en la incontaminación. Bien sabemos en nuestro país de esa obsesión, desde la mítica «sangre de los godos» cantada por Jorge Manrique hasta el pujante resurgimiento actual de los nacionalismos, pasando por el constante repudio de la raza gitana (a su vez, ella misma encastillada en la pureza de sangre y la «denominación de origen») y culminando en la nueva e inquietante xenofobia contra las «razas» del sur, olvidando ideológicamente el hecho palmario que, literalmente, salta a la vista: el común entroncamiento étnico —bereber— a ambos lados del Estrecho.

Y sin embargo, con todos sus crímenes, con todas sus ciegas errancias, España y, por extensión, Europa es por excelencia el lugar de la *mezcla*. Se trata de un lugar surcado simbólicamente por tres corrientes, que parten de diferentes, adversarias alturas: las colinas enfrentadas del Licabetos y la Acrópolis de Atenas, las siete colinas romanas, el decisivo enfrentamiento de Sion y el Gólgota en Judea. Tal lugar: la cuenca mediterránea, viene cercado por un bosque y un desierto: Teotoburgo y La Meca, Germania y el Islam. Los encuentros producidos por tales cruces, por tales asedios,

<sup>1</sup> Este ensayo tiene como base una conferencia impartida en la Universidad Autónoma de Madrid en febrero de 1992, dentro del ciclo Tradición clásica y conquista de América, admirablemente organizado por el profesor Víctor Alonso Troncoso. A él van dedicadas, naturalmente, estas líneas.

han marcado irreversiblemente el devenir mundial. Paradójicamente, han sido los desesperados esfuerzos por mantener un soñado estado de pureza —de sangre y de cultura— los que de siempre han propiciado la expansión y, con ella, la mezcla. Es la punta de la lanza griega de Alejandro la que abre la fecunda herida por la que Asia se precipita en Europa, disolviendo, como un ácido, las ciudades-estado griegas. Es el vigoroso avance romano sobre los bosques cisrenanos lo que precipita la caída del Imperio: la membrana germánica se dobla, re-flexiona sobre sí misma y ocupa los nuevos, múltiples centros. Y ello gracias a la apropiación de la increíble potencia de una religión originada en el más intransigente y cerrado de los pueblos de la tierra, un pueblo que llega a marcar por el hierro la fuente misma de la vida para dejar bien clara, con la circuncisión, la indeseabilidad de la confusión de las sangres. Y ha de ser un mestizo genial, una extraña mezcla de ciudadano romano, raza judía, cultura griega, quien haga de una predicación que insiste en la limitación del propio empeño —hacer cumplir la Ley, no derogarla— una religión universal y ecuménica: *católica* en el sentido estricto del término.

Esta paradoja llega al paroxismo —un paroxismo que engendra la Edad Moderna— en el caso de España. Apenas concluida la Reconquista —denominación mítica donde las haya, como si la denominación visigoda hubiera sido el origen, el Paraíso perdido por la tradición de un noble ultrajado—, apenas expulsados los judíos, y contando con un conjunto mal unido de pueblos, bajo la obsesión de la amenaza interior (no meramente supuesta: baste pensar en la frecuente connivencia con los piratas berberiscos) por parte de los vencidos y humillados moriscos, Castilla se desangra literalmente en el Nuevo Mundo, inyectando en éste una mezcla asombrosa de lo más alto y lo más bajo, lo sublime y lo repugnante. Y ello de manera extremosa, sin conciliación posible, como corresponde a un país apenas fraguado, por siempre invertebrado. El noble y generoso intento contenido en el testamento de Isabel I, la exigencia de que los indios sean considerados como fieles vasallos y no como esclavos, tiene como consecuencia *legal* —no importa aquí el levantamiento fáctico de los españoles en América contra esa idea— la importación masiva de negros de Africa (quien piense en ello difícilmente podrá deleitarse en la contemplación de la bellísima Praça do Comercio de Lisboa) y la consideración de los propios indios —inhábiles para el trabajo— como adultos infantilizados y de estrechas entendederas, cuya estupidez es mayor que la de los niños y locos de otros países, de creer al Padre Vitoria, ¡defensor de los derechos del indio! Por otra parte, el afán evangelizador conlleva la suposición de un *anima naturaliter christiana* o, más audazmente —siguiendo las perdurables y obstinadas creencias en el difusionismo— la creencia de que los pueblos indígenas provienen del Viejo Mundo, más el aislamiento debido a la distancia habría hecho que olvidaran su origen (en el caso de México, tal origen puede ser Egipto —según el muy influyente *Oedipus Aegyptiacus* de Athanasius Kircher—, los mismísimos judíos —según Diego Durán, en su *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*— y hasta

su cristianización por el apóstol Santo Tomás, convertido en Quetzalcóatl por obra de eruditos como Carlos de Sigüenza y Góngora).

Este ansia por encontrarle un tronco conocido a la exótica rama americana choca obviamente con el ideal cristiano de la igualdad de los hombres ante el Mensaje. En el fondo, lo que se quiere creer es que los indios son iguales a los europeos —o lo llegarán a ser cuando «crezcan», sabiamente guiados y protegidos en reducciones, en el mejor de los casos, y en encomiendas, en el peor— si y sólo si tienen los mismos ancestros (egipcios, judíos) que éstos. De modo que el presunto ecumenismo encubre una grosera tautología eurocentrista: lo que así resulta de antemano rechazado es justamente la irreductible alteridad del indígena, su derecho a ser otro desde raíces propias. Y sin embargo, la creencia en un tronco común permite interpretar, primero, la dispar multiplicidad de etnias, lenguajes y culturas americanas como variaciones de un solo —y nuevo— mundo; y, en segundo y contradictorio lugar, ver a ese mundo como parte integrante —siquiera en el futuro, según el *dictum* de Hegel— de un único mundo, hasta el punto de que, ahora que ese futuro empieza a ser hoy cosa del pasado, es Europa —y especialmente España— la que se ve casi sofocada por la presión cultural, ideológica y militar de *una* de las Américas (baste pensar en el llamado *Amerikanismus*, por Heidegger temido y despreciado y por la invasión de manos, bocas y drogas de la otra, de *nuestra* América).

Sigue habiendo hoy callada, tenazmente una necesaria, irrevocable copertenencia entre una fragmentada España y la llamada América *Latina* (dejemos estar tamaña tropelía, interesadamente afrancesada: quizá lo merecieran en el siglo pasado ambas partes, la española y la transatlántica, y quizás esconda la denominación mayor y más profunda verdad —la común herencia grecolatina— de lo que sus inventores imaginaron). Y ello a pesar de voces tan sobradas de razones en su acusación de incitación al genocidio por parte española (baste pensar en un Fernández de Oviedo, para quien usar la pólvora contra paganos satanizados era ofrecer incienso a Dios) como pacatas y aun mentecatas por negarse tercamente a acceder a una visión histórica y de conjunto; voces que claman por el arrepentimiento ante el genocidio, olvidando con ello no sólo el exterminio concienzudo y «científico» llevado a cabo por el colosal vecino de su Norte, sino el hecho palmario —y de ricas, y aún imprevisibles consecuencias— del inextricable mestizaje de los países del bloque andino, de México, Centroamérica y Brasil, y dejando además en la sombra el hecho de que fueron especialmente los criollos que accedieron a la independencia los que sobresalieron —con unos medios que ya dieron qué pensar a Hegel en su *Filosofía de la Historia Universal*— en su entusiasmo por hacer de *su* América una nueva y blanca Europa, como cabe apreciar muy bien en el Cono Sur, que ha quedado por completo «purificado» de indígenas sólo tras la independencia de Uruguay, Argentina y Chile, utilizando para esa limpieza métodos tan sistemáticos, industriales y «europeos» como los contemporáneos por parte de los Estados Unidos. Mas tampoco podrán borrar esa recíproca pertenencia las voces de acá, que en su tardía vocación europeísta pretenden, escudadas en pro-